

Como quería Voltaire

Lema: *Déjà vu*

“Un hombre que cultiva un jardín, como quería Voltaire.
El que agradece que en la tierra haya música.
El que descubre con placer una etimología.
Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.
El ceramista que premedita un color y una forma.
Un tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.
Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.
El que acaricia a un animal dormido.
El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.
El que agradece que en la tierra haya Stevenson.
El que prefiere que los otros tengan razón.
Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo cada día”

J. L. Borges

Ellos no saben que Beckham, los libros de Harry Potter, los alcaldes que dicen “buque insignia” y “felicidad compartida” y “absolutamente interesante”, los turistas con sus cardúmenes de dicha y sus gorras con logotipos marbellíes, las concejales de cultura que pronuncian palabras con falsas inflexiones de cariño y las películas norteamericanas con demasiado béisbol, son una trampa para la gente obrera que tiene el sueldo medio de los camareros españoles y corren el riesgo de descubrir una injusticia y una ridiculez profunda que transita los riñones de Europa y de la vida.

El padre tiene lleno el cerebro de declaraciones de presidentes de club de fútbol por la 7, de facturas incomprensibles de Gestagua, de voces importantes por la radio y por los periódicos y por la televisión que cuentan siempre lo mismo y parecen con ello estar explicándote cómo debes acostumbrarte a vivir herido y de oír a su esposa quejarse de varices y de lo caro que está todo.

El hijo no se cansa de mirar la tele. No tiene trabajo. Mastica mucho chicle. Le encanta ver cómo se le mueven las tetas debajo del chándal a la que canta en “Amaral”, ¡es tan hermoso ese temblor!, le encanta ver esos pájaros que llevan un airbag rojo en el cuello, le encanta evaluar la destreza sexual de las descaradas camareras francesas que salen en la serie “Feeling” y sueña con algún día ser muy famoso e importante y respirar perfumes y absorber anestesia y decir también cosas para acostumbrar a la gente a vivir herida. Está en esa edad y en ese momento crítico en el que uno debe elegir entre seguir luchando por algo o dejar que el desinterés y la indiferencia se infiltren para siempre en tu conocimiento.

Han comprado un DVD en pequeños plazos de dieciocho euros al mes. Es un domingo muerto de septiembre. Dentro del piso de protección oficial huele a lluvia y no hay lluvia. Huele también a *corpore in sepulto*. La madre se ha acostado porque tiene jaqueca y ellos están sentados frente al televisor viendo una película norteamericana. En la película que están viendo sale demasiado béisbol y el hijo pregunta: *¿Tú comprendes el béisbol, papá?*

La pregunta le produce al padre una resurrección en el corazón y siente como cuando el descenso de la temperatura te despierta, te aviva la conciencia. Entonces, como por efecto de una pequeña brisa interna de frío existencial, descubre de golpe que hace muchos años que lo que amó no existe, se da cuenta de que ya es lejos en su alma, de que le queda poco tiempo para intentar ser feliz, de que dentro de unas semanas, cuando termine de arreglarse la boca, tendrá que empezar a meter por las noches ortodoncias dentales en un vaso y de que a su edad es muy triste comprender el béisbol y la palabra *children* y la palabra *dietética* y la palabra: *thriller*.

El padre se da cuenta y descubre que, a su edad, son tristes ciertas cosas, demasiadas cosas. Es triste haberse comprado un DVD en pequeños plazos de alrededor de dieciocho euros al mes y sentarse a ver Kojac o lo que sea en la televisión, es triste el sueldo medio que ganan los camareros españoles y los conserjes de las casas de la cultura, es triste cenas con disfraz, bocas que sonríen, días en piscinas... es triste la acción eléctrica falsa del surtidor falso que su esposa ha puesto en la terraza de seis metros cuadrados de su cuarto piso de Entrevías, son tristes las fiestas en las avenidas cuando algún equipo gana la liga, es triste un robot andando por la superficie de Marte buscando piedras muertas y tú viéndolo, es triste sentirse como las hormigas que son las *einstein* del reino animal, tan triste entrar y tikar todos los días en una oficina para comportarse y actuar como un pequeño insecto que resuelve problemas o realizar tareas como los escarabajos, sentarse cada día en su mesa con península para coger el teléfono y atender a otras voces en su misión pragmática, voces que nunca dicen: *“La nieve sería muy monótona si Dios no hubiese inventado los cuervos”*, voces que siempre dicen cosas muy parecidas a: *“Si hicieran mujeres de una sola talla, Mari Claire haría pantys de una sola talla”*.

Todo es de pronto muy triste para el padre en estos países dulces en donde siempre es Europa. La pregunta del béisbol ha activado algo en lo más profundo de su espíritu. El malestar de una inquietud inconcreta le abrasa el alma. Nota pinchazos que

le incordian en el lado izquierdo del pecho y decide no responder al hijo. Cierra los ojos, recuesta su cabeza en el sofá, realiza esa media sonrisa lateral e hipócrita que se ha acostumbrado a utilizar para ir salvándose de cosas que no entiende o aborrece y, como en una revelación caudalosa o una perfecta simbiosis mental, continúa comprendiendo muchas cosas de golpe. Comprende que su vida no es más que la repetición de la vieja juventud perdida, comprende que lo que llamamos fracaso no es caer, sino quedarte donde estás y que la indiferencia es una sensación universal y cotidiana nacida para protegernos de las cosas que dejan tacto graso en el alma y, lo más definitivo que comprende, es que forma parte de una multitud que existe en el vacío de una ausencia absoluta. Y entonces se vuelve a imaginar el mes que viene metiendo por las noches ortodoncias dentales en un vaso y casi lloraría.

El padre que es conserje de la Casa de Cultura y en los ratos muertos lee mucho siempre el mismo libro: “La fea burguesía” de Miguel Espinosa, una vez tuvo sueños, luchó por la democracia, militó en el partido de Don Enrique Tierno Galván, creyó en las bondades humanistas de una economía de mercado con sentido social y también creyó, cuando era muy joven, que podría haber un tiempo en que la sociedad fuese perfecta, pero ahora, desde hace algunos años, desde que ve programas en los que Carmen Hornillos dice que todo el mundo tiene derecho a hablar de Paquirrín y en los que sale gente que ya no esconde tras su disfraz de personaje interesante las características de un imbécil, sino que las muestra, se siente rodeado de mentecatos repletos de palabras y de personas tontas que sólo escuchan las cosas por la mitad y ni siquiera saben lo que quieren decir con las palabras: mi vida o libertad.

Él, que siempre ha tenido clandestinamente cierta inquietud intelectual y cierta irreverencia cáustica, empieza a darse cuenta de que está muy adentro, muy adentro de un túnel que no va a ir a ningún sitio y de que ha llegado a la meta de un camino finito. En su cabeza siente una llaga que ha dejado de estarse quieta. Le da asco la película. Le da asco el béisbol. Le da asco Robert Redford sonriendo con un bate en la mano y una visera muy bonita, en un simulacro de fatiga física también muy bonito. Suda un poco y suspira para calmar su sentimiento mudo frente al hijo. Se levanta. Escupe en el lavabo. Se pone su rebeca barata de franela verde y se marcha lejos del béisbol y del DVD y del olor a *corpore in sepulto*.

En la calle fuma y camina como si nada tuviera remedio, tratando de huir de una sustancia espesa intransitiva y queriéndose curar de un escrúpulo demasiado definitivo y cósmico. Cruza de punta a punta una avenida y otra avenida y otra avenida como siguiendo el mismo sendero orgánico que la basura en un río. Lo mira todo con los ojos apagados de quien no cree ya en nada y está cansado de buscar una constante manutención de la alegría. Ve a un mendigo durmiendo en el suelo junto a un carricoche de bebé lleno de telas y cartones y siente que la desesperanza del mendigo se parece a la suya y que los mendigos están hechos de la esencia sagrada de la vida. Siente, actúa, se comporta igual que esos hombres sudorosos y pequeños que fuman ducados y escupen en el suelo de los bares como no importándoles nada el mundo. Es como si hubiera sufrido una mutación transitoria y le da grima la actualidad. Empieza a convencerse de que todos los debates y todos esos temas de interés general que salen en las radios y en las televisiones y en los periódicos de Europa son una farsa para que la gente que contesta en las encuestas sentirse feliz al setenta y nueve por ciento siga contestando eso y no se dé cuenta de lo que tiene que darse cuenta.

Entra a un bar oscuro. Saca tabaco de la máquina. Pide un coñac y después otro coñac. Piensa en su vida mientras bebe despacio. Piensa en la concejala de Cultura que lo trata siempre como si con sus preguntas y sus pequeñas objeciones profesionales estuviese abusando del tiempo de un jerarca. La concejala de Cultura diciendo siempre tantas cosas con falsas inflexiones de cariño y programando charlas trimestrales sobre las ventajas de la leche materna o la homosexualidad de Óscar Wilde. Piensa en su hijo que seguirá sentado frente al televisor, su hijo que sabe dos idiomas y tiene el abandono triste y ortopédico de un políglota pobre y sin trabajo, su hijo Licenciado en Filología Inglesa en paro que pide todos los años al Ayuntamiento un puesto de socorrista que nunca le dan porque se lo dan a los hijos de los afiliados al partido del poder. Se acuerda de que el viernes los muchachos le rompieron las flores del parterre de entrada a la Casa de la Cultura y en su corazón comienza a sentir palpitations insurrectas. Él, que siempre ha sido un hijo dócil del sistema, un callado de voluntad domada, un no ludópata, un no alcohólico, un no golfo, un no crápula... se siente ahora, en virtud de un frío interno producido por una pregunta sobre béisbol, un sí zombi apresado en una realidad monstruosamente normal y demasiado estúpida. Le incomoda la sensación de que todo es ridículo, injusto y mejorable. Le atosiga toda esa palabrería publicitaria que universalmente está siendo canjeada por la verdad y que se ve tan fácilmente en todas

partes, en los rótulos, en los nombres de las tiendas, en los escaparates publicitarios, en los trozos de prensa tirados en el suelo... Se siente perdido en un mundo de seres sin talento fabricados en serie, se siente como un pelele de algo mucho más grande que se controla en otras esferas y, como si le hubieran inyectado una sustancia agresiva, tiene deseos de desobediencia civil.

Le gustaría en ese mismo momento tener derecho a hablar durante media hora delante de la ventanilla del Ministerio de Interior para quejarse de las cosas que sacan a patadas los sueños y la esperanza de los ojos de la gente. Le gustaría preguntar por qué a su hijo no lo han llamado de socorrista para las piscinas municipales y sí al del director del Banco Central que tiene menos currículum y se sacó dos años más tarde el curso de Salvamento y Socorrismo Acuático, ese curso en el que tuvo que gastarse toda la paga extraordinaria de la Navidad de hace tres años, y después, todos los meses de mayo lleva a la ventanilla de Registro los papeles con la instancia y las fotocopias oportunas para que entre en el baremo, pero nunca lo llaman, ni utilizan criterios, ni dan explicaciones, ni exponen una lista de aspirantes. Le gustaría quejarse de por qué un limón granizado hace dos veranos costaba cien pesetas y ahora cuesta ciento sesenta y seis: un euro. Se siente defraudado por el euro, piensa que le han robado a su familia con esa moneda casi un tercio de la paga mensual. Se siente defraudado con los recibos de Gestagua y de la Telefónica, que nunca los entiende y, si pides explicaciones por teléfono, te ofenden con un lenguaje críptico y engañoso. Le gustaría denunciar gritando la existencia de demasiados profesionales de la política sin integridad moral que no hacen cuanto pueden para terminar con las injusticias y siempre dicen exactamente lo que ya sabríamos que dirían. Le gustaría decirle a un representante gubernamental que se siente muy defraudado por el presidente de la nación utilizando esa especie de énfasis superficial en todo lo que habla y por los ministros siempre diciendo palabras que sólo son propaganda de ellos mismos, hablando como viniendo a decir: que se vayan al carajo los mundos quiméricos. Le gustaría denunciar que los despachos oficiales son como máquinas expendedoras de prebendas y que los partidos políticos se comportan como bandas que tratan de ocupar esos despachos. Le gustaría pedir explicaciones sobre embajadores jugando al golf en Arabia Saudí, sobre sacerdotes que execran el aborto, pero no soportan a los negros ni a los que piensan por sí mismos. Le gustaría quejarse de muchísimas cosas y entonces, súbitamente, le da pena y comprende esa tristeza del escaso interés de la gente por conocer la verdad, por preferir siempre acogerse a las

explicaciones generalmente asumidas, la gente viviendo siempre como patinando por la superficie de un lago helado sin acordarse nunca de la profundidad del agua que hay debajo. Sería tan hermoso patinar acordándose precisamente de esa profundidad, sería tan hermoso desconectar el televisor, no leer los periódicos, no prestar atención, no dejar que nos engañe la publicidad, ni pedir autógrafos a nadie, ni comprar camisetas, ser incrédulos que no se dejan agasajar por una idolatría verbal, ver el mundo desde lejos y no querer participar en él porque estamos buscando otros latifundios de azúcar, algo que avive los rescoldos apagados de la ilusión perdida en el camino.

Piensa y siente todas esas cosas mientras fuma y camina después de haber bebido cinco copas de coñac en bares oscuros que sólo abren de noche y de pronto le reconforta un poco ver cómo en las aceras de las puertas traseras de un hipermercado unos empleados están dejando yogures recién caducados y tomates a punto de pudrirse para que se los lleven los inmigrantes y los pobres. Se sienta en el capó de un coche para ver esa escena mientras se quita el sudor con un pañuelo limpio blanco que lleva siempre muy bien doblado en su bolsillo del pantalón. Haciendo todo eso tiene la tristeza de un profesor con fiebre, pero enseguida vuelve a caminar y a pensar de nuevo con encono y palpitaciones insurrectas y deseos de desobediencia civil que el capitalismo o la globalización o la sociedad de mercado o como se llame eso, ha destejido el arco iris, ha despojado a la gente de la dignidad humanista y ha producido maestras de escuela jubiladas que se parecen mucho en el rostro a Josefina Aldecoa y a Florinda Chico y se dedican a ir a los platós de los programas televisivos a hacerle palmas a Jimmy Jiménez Arnau y a Boris Izaguirre, ha producido imágenes del mundial de balonmano de Egipto, ha producido que los niños tengan que realizar bobadas, comprarse camisetas de Beckham, investigar en los colegios cosas sobre el renacuajo y leer parábolas estúpidas en cómic sobre un caballo que se llama Vanesa.

Vuelve a estar cansado de caminar y suda. Decide sentarse en un banco del parque y no le importa hacerlo junto a un joven que tiene un litro de cerveza en la mano y trozos de kleenex pegados en los dedos, un joven que acaba de salir de la prisión de Nanclares de Oca por haber robado dinero en un banco para comprarse una moto y está haciendo tiempo por Madrid mientras llega la hora de coger su Talgo a Albacete y, como si de una secuencia cinematográfica se tratase, ambos se saludan sin ganas, con cierta dejación, con el ánimo afín y triste de que todo en sus vidas es viejo y *déjà vu*.

Por unos minutos se ignoran y continúan cebándose mentalmente en lo suyo, pero de pronto, el padre, vuelve hacia el muchacho su rostro cansado y sudoroso para decirle:

- La infraestructura de este país me jode mucho, chico, me jode mucho todo este payasismo que llena nuestras vidas.

Y el muchacho, lacónico, como habiendo entendido y compartido esas palabras tanto, le duelen muchísimo y no tiene ganas de seguir hablando en esa dirección, responde con ironía insurrecta:

- Hay opción, hay salida, hay respuesta, hay esperanza, hay condones con sabor a fresa, hay teléfonos móviles, hay huelgas generales, señor, hay pisapapeles de cuarzo, hay hasta hachís del Líbano,... y sobre todo hay pajarracos con el don de la labia y palabras de mierda aprendidas en los manuales de la Facultad, y por si fuera poco, señor, existen también en los organismos y en los géneros todos esos predicadores siempre achacándote una culpable irresponsabilidad social que tú no tienes.

Ambos se callan como para siempre, como para no volver a verse nunca más después de haber compartido un minúsculo trocito de sus existencias al margen de la vida, se callan para seguir mentalmente en lo suyo, hasta que el muchacho se levanta y se marcha de allí sin ni siquiera decir adiós y con su botella de litro de cerveza todavía en la mano.

El hombre continúa pensando con su aspecto de profesor con fiebre y su rostro de ser que se ha perdido en el mundo y ahora tiene que aprender y acostumbrarse a cosas nuevas, a cosas que ya no se parecen en absoluto a aquel tiempo en el que era adolescente y feliz disfrutando la alegría de vivir que tenían las canciones de Toni Ronald y viendo los domingos por la noche en las películas del Gran Teatro Cinema buques ardiendo en *eastman color* y Kird Douglas haciendo de Espartaco y matando gladiadores en *cinemascope* y después comiéndose una bandeja de dulces que su madre traía después de misa de siete de la confitería de la Juanica La Coja.

Tras la pregunta sobre el béisbol ha pensado tanto, se ha distanciado tan objetivamente de la vida, lo ha visto todo tan claro que ha ido convirtiéndose poco a poco en el hombre triste, angustiado y laborioso del hiperrealismo teatral de Buero Vallejo o Arthur Miller, y ahora está decepcionado y decaído, pero también se siente como un rey que hace una renuncia formal al trono por sordomudez e iconoclasia, se siente lúcido y rebelde, y eso le gusta, se siente distinto, con ganas de manchar un escaparate con lápiz de labios o reventar una conferencia en algún sitio.

Ahora comienzan a ser dulces sus palpitaciones insurrectas y quisiera existir como quien quiere cambiar el orden de las cosas, alejarse de la trampa de los que siempre tratan de conseguir una voluntad unísona. Le gustaría ser más joven para practicar puenting con sogas de seis colores y apuntarse a *Greenpeace*, siente una profunda y nueva simpatía por los jóvenes europeos que hacen todas esas cosas y están comenzando a cambiar Europa poco a poco, sin que nos demos cuenta.

Se levanta, se pone las manos en los riñones y alza la cabeza suspirando con intensidad. Camina hacia el centro del parque, se baja sin pudor la cremallera de la bragueta y orina con desobediencia civil en el basamento de la estatua ecuestre de un general decimonónico. Después mira el reloj y respira hondo como si fuera un ser más libre y difícil de manipular. Ya no tiene el aspecto de un profesor con fiebre. De vuelta a casa camina como la gente extraordinaria que no debería morir nunca, como el hombre que sabe para siempre que la existencia no es más que sangre regurgitada por un murciélago borde que nos debe un favor y que en el fondo del fondo todos estamos un poco contentos de vivir, tomar pastillas, ingerir un cuarto de litro de vino para comer, ser ciudadanos de estos países dulces donde siempre es Europa y esa felicidad colectiva que da el fútbol, Beckhan, los libros de Harry Potter, los alcaldes que dicen “buque insignia” y “felicidad compartida”, el *marbellam way of life* y esas películas norteamericanas en las que sale Robert Redford con una visera muy bonita.